

PEQUEÑO HOMENAJE A LUIS ROMAY



Luis Romay joven. Los deterioros de la foto acusan el paso del tiempo, no el espíritu que en ella subyace

Luis Romay se ha tomado un descanso en su colaboración anual con el programa del Descenso, que se remonta a 1980 (y quizá haya contribuciones tuyas anteriores, pero no tenemos hoy por hoy constancia documental de ellas). En cualquier caso hemos de reconocerle el derecho a disfrutar después de treinta años de unas vacaciones, por desolados que nos deje su año sabático.

Podíamos haber incluido aquí una página en blanco, a modo de recordatorio de que nos falta algo. Pero no cabe la resignación, no logramos aceptarlo... ¡en este 2010 tiene que haber aquí también un texto de Luis!. Una decisión que esperamos sirva para transmitir también nuestra gratitud y reconocimiento.

El escrito que reproducimos a continuación ya es conocido —apareció en el libro conmemorativo publicado con ocasión del cincuentenario del Descenso. Aparte de la calidad literaria, tiene el valor de dejar testimonio fehaciente de la ilusión de su autor por las cosas de Navia. Procede pues volver a reproducirlo

Gracias, Luis.

En espera del Descenso

Luis Romay G.-Arias

Es increíble esta situación, en que estoy reñido con el agua, criatura dócil, saltadora, que cala. Estoy mareado, roto todo mi horario, disgustado conmigo mismo, e inconcebiblemente disgustado con ella. Esta maravilla siempre cándida, que siento su dulzura en mi cara, cada mañana. Su cantar, sus salpicaduras, que me corren por el cuerpo y por el alma. Nunca creí llegar a esta situación, tan agobiante, ahora, al considerarla. Repaso el tratamiento que le daba San Francisco —«*Loado seas, mi Señor, por la hermana agua ...*»—, que la adoraba. Y una Santa Teresa, que no podía vivir sin ella, citándola, regando con ella sus letras.

Resulta que nos hallamos agobiados, ante todo, los que están cambiando losas, a la caza de goteras. Queremos que llueva, para hallarlas, después de varios intentos. Esta blanca y gris muchacha, condensada allá en las nubes, no quiere bajar a sus azuladas pistas. La llamamos, con los tiernos silbidos del querer. Como si nada.

Por el contrario, mi amigo el fontanero, con su arte bien sabido, me ruega le sostenga por el soplete, para arreglar una vena desatada de agua, que sentimos en los pies. Andamos entre grifos y cisternas, cortándole el paso a esta doncella rápida y fina, que nos aborda por todos los lados, nos lagrimea, de vez en cuando, y nos está cansando con sus escapadas. Tan consentida está, que se hace charcos e hilillos en los más insospechados rincones.

Me expreso así, cargado de dolor, con párrafos fuera de juego, porque llevamos días, de afilados minutos, en estas bromas, y ya esta niña llega a cansar a uno. Si me valiera...

Tanto saltar, tanto manar, tanto correr, tanto verter. Llega uno a disgustarse con ella, queriéndolo, sin querer. Parece mentira, tan hermosa, tan estimada, pero que le hace a uno tener que ponerse así. Ya está bien, agua, ya está bien. Además, hoy, el fontanero quedó en venir a otra hora, pues tiene que ir, por encima, a cuidar la del depósito, echarle cloro. Mimos y más mimos. Así está de engreída, presumiendo en las pilas -como para decirle, a pesar de todo: "¡Que guapa eres!". Pero no se lo digo, no se lo vaya a creer, aunque ya sé que lo cree. En fin, que con ella no se puede.

Me ponen más airado, todavía, las llamadas a la puerta.

- *«¿Qué hay?.. Venimos a que escribas algo para el Descenso.*
- *Me cogéis en muy mal momento. Hay cosas que no sé qué da decirlas; mas hay que decirlas.*
- *Pues, ¿qué pasa?*
- *Estoy muy reñido con el agua. Sí, nunca me oí hablar así; pero, amigo . . .*
- *No digas tonterías. No las va a pagar el Descenso ¿no?*
- *La tonta es ella. ¿O es que os parece poco tanto lío, ya?. Si nunca hablé así. Me gustaría escribirlo, para que la gente sepa de sus gracias. Por añadidura, el fontanero sin venir. Claro, se entretiene con ella. Le gustará le llame por su nombre, que viene de fontana, bonita palabra. Todo muy poético, ¿verdad?*
- *Esperamos algo tuyo. Ya sabemos que no es éste tu estilo, estás bajo una impresión. No es para tanto, no lo tomes tan a pecho».*

Precisamente, porque no me para en el pecho, que me llega al corazón, es por lo que medité la cuestión. Sí, esta petición me reconcilia con el agua. Es preciso volver a contemplarla, a quererla, a sentirse siempre con ella. El Descenso es la gran ocasión, es un impagable motivo de perdón.

A los del Descenso debo este volver a las saladas y dulces aguas, me uno a ellas y a ellos, para rehabilitar al río Navia, que sufro viéndolo el último en la tabla de clasificación salmonera. Los últimos serán los primeros. Hay, en el río, cierto olor a evangelio. Ayudadnos a triunfar, aguas; a que las victorias se oigan, de nuevo, en los frescos ecos.

He de decirle a mi amigo el fontanero, que tiene la misteriosa profesión de escuchar las fugas, en el inacabable silencio de la noche, que no se olvide de echar rosas, en la ría, para que se animen los nadadores, que no sólo de cloro vive el agua.

Agua, qué feliz me siento, ya para siempre contigo, a la espera del Descenso.